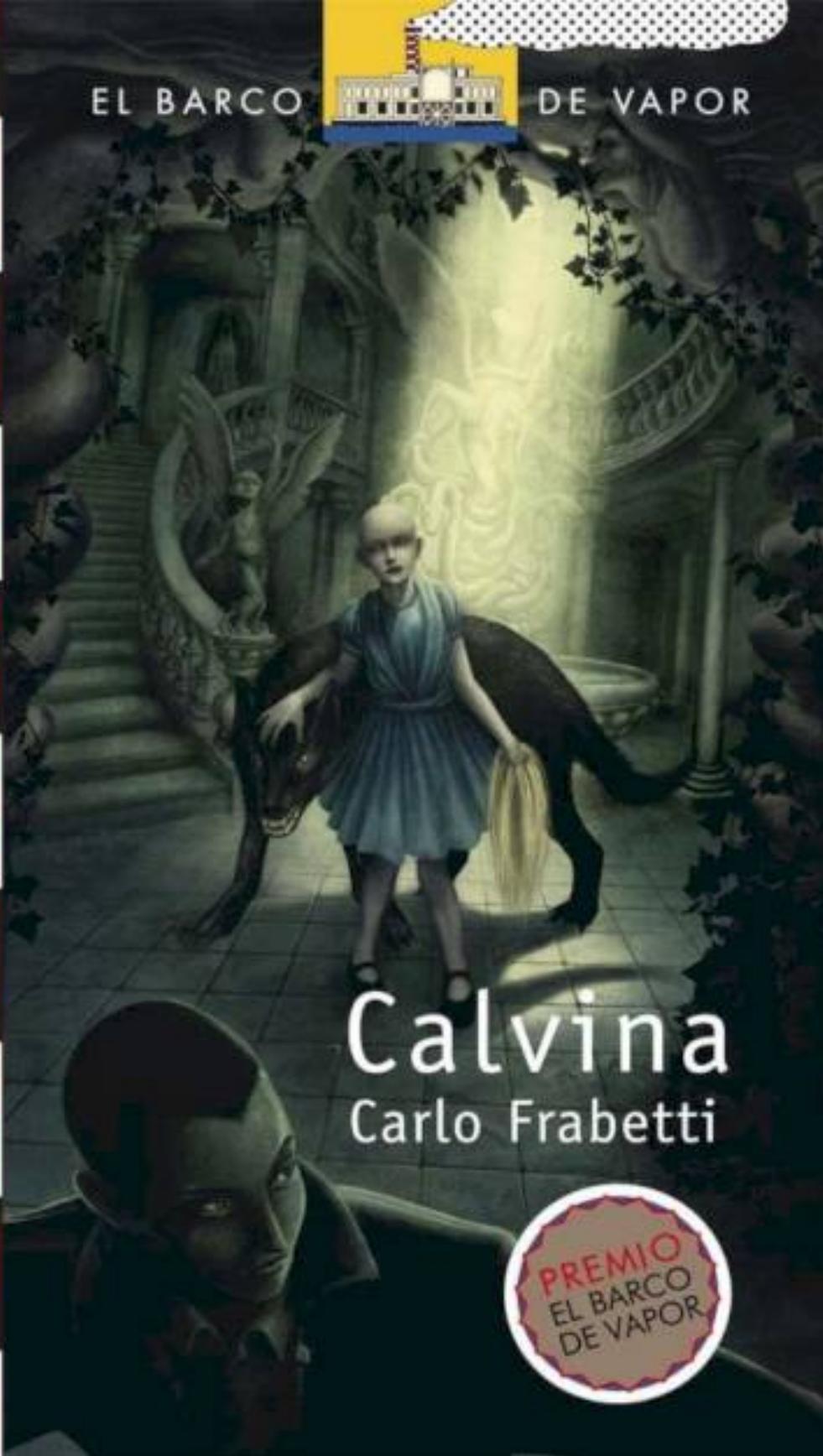


EL BARCO



DE VAPOR

PREMIO EL BARCO DE VAPOR



Calvina

Carlo Frabetti

PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR

En el mundo de Calvina los muertos están vivos; los locos, tan cuerdos como los libros que se creen ser; los ladrones tienen buenas intenciones y puede que la protagonista sea el protagonista. Todo es extraño, todo es un juego; un desafío a tu inteligencia. Donde nada es lo que parece, todo es una sorpresa...

A Annagilda, Simonetta,
Robert, Giussi y Olivia,
una familia tan especial
como la de Calvina.

El jardín bosque

Era un caserón antiguo y destartado, rodeado por un amplio jardín que hacía mucho tiempo que nadie cuidaba; tanto, que más que un gran jardín parecía un pequeño bosque. La casa no tenía aspecto de albergar cosas de mucho valor; pero había una ventana abierta en la planta baja, y esa era la clase de tentación a la que Lucrecio el Rata no podía resistirse. Además, si el Sopa lo había citado allí era porque el golpe valía la pena. El Sopa no solía equivocarse.

No solía equivocarse, pero sí solía llegar tarde. Cuando llegaba, pues a veces ni siquiera aparecía, ya que se quedaba dormido con mucha facilidad. Por eso lo llamaban el Sopa.

Tras esperar más de media hora, Lucrecio decidió hacer el trabajo él solo. Parecía fácil, y si salía bien le daría una parte al Sopa por la información. Imitó el ladrido de un perro y, al ver que no obtenía respuesta (señal de que no había ningún chucho en la casa), saltó, no sin dificultad, la alta verja de barrotes de hierro rematados por amenazadoras puntas de lanza.

Mientras cruzaba sigilosamente el jardín, le pareció distinguir entre los matorrales los relucientes ojos de... ¿un gato?

«Es demasiado grande para ser un minino», pensó con un escalofrío al calcular el tamaño del animal por la separación de los ojos. «Pero si fuera un perro habría ladrado».

Lucrecio decidió no pararse a averiguar qué clase de bicho lo había mirado desde la tupida maleza. Corrió a toda velocidad hacia la casa y, sin más averiguaciones, entró por la ventana abierta.

Era más de medianoche y todos debían de estar durmiendo, pues no había ninguna luz encendida ni se oía el menor ruido. De no ser por el débil resplandor lunar que se colaba en el salón por la misma ventana por la que se había colado Lucrecio, la oscuridad habría sido completa.

El ladrón sacó su linterna de bolsillo y se dispuso a encenderla. Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Una gran lámpara de cristal que colgaba del techo se iluminó de pronto, y Lucrecio se encontró cara a cara con un niño que lo miraba muy serio a apenas un par de metros de distancia. Era un niño bastante extraño. De unos diez u once años, muy menudo y algo cabezón, de grandes y penetrantes ojos azules, todo vestido de negro. Y completamente calvo.

—Aún falta mucho para Navidad —dijo el niño—, y además tú no pareces Papá Noel.

—No tengas miedo, pequeño —susurró Lucrecio con una sonrisa forzada. Su primer impulso fue el de salir corriendo, pero se contuvo; si actuaba con brusquedad, lo más probable era que el niño se pusiera a gritar. Y con la ventana abierta los gritos se oirían en la calle. Alguien podía acercarse y pillarlo saltando la verja.

—No tengo miedo —replicó el niño—. Y no soy pequeño.

—No quería ofenderte —se excusó Lucrecio—. Lo de «pequeño» es una forma de hablar, ya sabes... En realidad, eres bastante alto para tu edad.

—Deja de decir tonterías. A no ser que pienses que tengo cinco años, y por mi cara y mi forma de hablar es evidente que tengo al menos el doble, no puedes decir que soy alto para mi edad. Pero, como dijo Napoleón, la grandeza no tiene nada que ver con la estatura. Aunque es normal que los bobalicones como tú las confundan.

—Oye, yo no soy ningún bobalicón. Para que te enteres, me llaman... Demetrio el Astuto.

—Nada de eso. Te llaman Lucrecio el Rata, también conocido como Luc el Sigiloso. Aunque esto último, a juzgar por el ruido que acabas de hacer, no parece muy adecuado.

—¿Cómo demonios sabes...?

—Yo hago las preguntas —lo interrumpió el niño—. ¿Tienes familia?

—Depende de cómo se mire —contestó Lucrecio con un suspiro—. Mi mujer me plantó hace un par de años, y casi no me deja ver a nuestra hija; dice que soy una mala influencia para ella.

—A primera vista, yo diría que no le falta razón —comentó el niño con una mueca despectiva.

—Oye, no te pases —protestó Lucrecio—. Mi... oficio no significa que sea un mal padre.

—¿Te consideras bueno?

—Tal vez no sea lo que se suele entender por un padre ejemplar; pero puedo asegurarte que mi hija es lo más importante para mí, y haría cualquier cosa por ella.

—Estupendo. Eres justo lo que andaba buscando.

—¿A qué te refieres?

—A un buen padre. Necesito un buen padre.

—¿Para qué? ¿Para quién?

—De momento, contestaré a la segunda pregunta: para mí.

—¿Estás de guasa?

—En absoluto. Es un asunto muy serio... No tienes muy buen aspecto, pero, a falta de otra cosa, supongo que servirás.

Lucrecio sintió una extraña desazón. No era la primera vez que lo sorprendían al entrar a robar en una casa, pero nunca se había encontrado en una situación tan insólita como aquella.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo tras una pausa—. Y tú, por cierto, deberías estar en la cama.

Hizo ademán de salir por la ventana por la que había entrado, pero el niño se sacó del bolsillo un mando a distancia y oprimió un botón. Con un golpe seco, una reja de gruesos barrotes metálicos descendió como una guillotina desde el borde superior de la ventana y le cerró el paso al perplejo ladrón, que se volvió hacia el niño y le dijo:

—Escúchame...

—Calvino. Me llamo Calvino.

—Escúchame, Calvino: lo mejor para los dos es que me marche tranquilamente por donde he venido, así que haz el favor de abrir esa ventana, o de lo contrario...

—O de lo contrario, ¿qué harás?

—Tendré que usar la fuerza.

—Un buen padre como tú no usaría la fuerza contra una pobre criatura indefensa.

—Bueno, no voy a matarte ni a romperte un brazo; pero tendré que quitarte ese mando por la fuerza.

—No será necesario. Toma —dijo Calvino tendiéndole el mando.

Lucrecio lo cogió y buscó el botón de apertura, pero no entendía los extraños signos grabados junto a los pulsadores; probó varios al azar, pero no consiguió nada.

—Está bien —dijo—; aunque no es mi costumbre, me iré por la puerta.

—No creo que puedas abrirla —replicó Calvino—. Es una puerta de seguridad, a prueba de ladronzuelos incompetentes.

—Oye, este juego está yendo demasiado lejos —dijo Lucrecio esforzándose por parecer tranquilo, aunque en realidad no lo estaba en absoluto—. No puedes retenerme aquí en contra de mi voluntad, de modo que si no me dejas salir...

—¿Llamarás a la policía? Adelante, ahí tienes el teléfono.

El lobo perro

Estaban sentados uno frente a otro en sendos sillones, cerca de la chimenea, en la sombría biblioteca atestada de libros que había junto al salón.

—Voy a ofrecerte un trato que no podrás rechazar —dijo Calvino—. A no ser que estés ansioso por volver a la cárcel.

—Nunca he estado en la cárcel —mintió Lucrecio.

—Tres veces —replicó el niño—. Y ahora estás en libertad condicional, de modo que si te pescan reincidiendo...

—¿Cómo demonios puedes saber...? —empezó a decir Lucrecio, pero Calvino lo interrumpió:

—Ya te he dicho que las preguntas las hago yo. En realidad, no tendrás que hacer casi nada; solo tienes que vivir aquí y afeitarte la cabeza.

—Pero...

—No me interrumpas. Mi padre ha tenido que marcharse precipitadamente, y tal vez no pueda volver en un tiempo. Si lo dan por desaparecido, o incluso si se enteran de que no hay ningún adulto viviendo conmigo, me meterán en alguna de esas instituciones para huérfanos y niños abandonados, y no voy a permitirlo. De modo que necesito a alguien que ocupe el lugar de mi padre y que saque a pasear al perro de vez en cuando para que los vecinos no sospechen.

—¿El perro? Pero si no hay ningún perro...

—¿Creías que podías engañar a Loki con tu patética imitación de un ladrido? —dijo Calvino con tono displicente—. ¡Loki!

Fue como si la oscuridad que reinaba en un rincón de la sombría biblioteca se hubiera materializado de pronto en una enorme bestia negra. Un lobo descomunal se acercó al niño con paso sigiloso y apoyó la cabeza en su regazo.

—Eso no... no es un perro —farfulló Lucrecio, que ya había visto aquellos ojos en el jardín.

—Es un lobo canadiense. Y como al fin y al cabo los perros son lobos domesticados, a efectos prácticos Loki es como un perro grande. Otros tienen un perro lobo, y yo tengo un lobo perro.

—Pero los lobos canadienses son de un gris muy claro —comentó Lucrecio.

—Vaya, entiendes de animales. Eso me gusta —dijo Calvino con un gesto de aprobación—. Sí, los lobos canadienses suelen tener el pelaje muy claro para mimetizarse con la nieve; Loki es un insólito caso de melanismo, el equivalente lobuno de una pantera negra.

—Debe de pesar más de ochenta kilos —estimó Lucrecio con una mezcla de asombro y temor.

—Ochenta y cinco. Tienes buen ojo para el peso... ¿Es de robar gallinas?

—Oye, ¿por quién me has tomado? Yo...

—Ya lo sé, ya lo sé: eres un elegante y honrado ladrón urbano que solo roba en las casas de los ricos.

Tras una pausa, Lucrecio preguntó:

—¿No tienes ningún pariente, aparte de tu padre?

—Solo un abuelo, creo; y digo «creo» porque está en paradero desconocido desde hace años. Mi madre murió, y era hija única, igual que mi padre. Igual que yo.

—Lo siento.

—No lo sientas: prefiero no tener competencia.

—Me refiero a lo de tu madre.

—Eso tampoco es para lamentarlo demasiado; era una bruja. Estuvo a punto de matar a mi padre.

—Vaya, qué familia tan encantadora...

—Por eso te propongo que te incorpores a ella. ¿Te interesa el trato que te ofrezco?

—¿Solo tendría que vivir aquí y sacar a pascar a... Loki?

—Y afeitarte la cabeza. Lo de mi pelo (o mi ausencia de pelo, mejor dicho) es hereditario, y mi padre es tan calvo como yo. O viceversa, más bien.

—¿Y de dónde sacaríamos el dinero para vivir?

—Del cajero automático. Tengo la tarjeta de crédito de mi padre, y en la cuenta hay dinero suficiente como para vivir sin problemas durante... mucho tiempo.

Tras una larga pausa, Lucrecio dijo:

—Supongo que, si me niego, Loki saltará sobre mí y me inmovilizará mientras tú llamas a la policía.

—Y se te caerá el pelo de todas formas —añadió Calvino con una sonrisa malévola.

El armario cuarto

El dormitorio del padre de Calvino era amplio y confortable, aunque un poco siniestro. Los muebles parecían muy antiguos, y tanto las cortinas como la colcha y la alfombra eran negras. Y enfrente de la cama, colgado de la pared, había un cuadro bastante inquietante. Era el retrato de una mujer morena y muy pálida, toda vestida de negro, cuya larga cabellera se confundía con el traje y con el oscuro fondo del cuadro. De no ser por los labios, de un rojo vivo, habría parecido un retrato en blanco y negro. Lo más sobrecogedor era que los grandes ojos de la mujer parecían mirar directamente a quien contemplaba el cuadro. Tras observarlo fascinado durante un buen rato, Lucrecio lo descolgó y lo apoyó en el suelo de cara a la pared; no le hacía ninguna gracia tener delante aquellos ojos todo el tiempo.

La habitación tenía su propio cuarto de baño. Llenó la vieja bañera esmaltada y se sumergió en el agua caliente. Necesitaba relajarse después de las emociones de aquella noche tan extraña. Estuvo en remojo más de media hora; luego se secó perezosamente con una suave toalla negra y se acostó.

La cama era muy cómoda, y ningún ruido turbaba la tranquilidad de la noche. Pero Lucrecio no podía dormir. Estaba nervioso, inquieto por el insólito acuerdo que acababa de sellar, mediante un apretón de manos, con aquel extraño niño calvo. ¿Y si alguien descubría que estaba su-

plantando la personalidad del padre de Calvino? Pero no, nadie podría acusarlo de eso; él no iba a decir que era el padre del niño: simplemente, iba a vivir allí. Si lo pillaban, diría que era el jardinero y que no sabía nada. No podían detenerlo por afeitarse la cabeza y pasear al perro. Bueno, al lobo...

Estaba muy cansado, pero seguía sin poder dormirse; no lograba detener el torbellino de ideas que giraba como un tiovivo dentro de su cabeza. Se levantó de la cama y decidió salir a dar una vuelta por el jardín, a la luz de la luna. Calvino le había dicho que podía (mejor dicho, que debía) usar la ropa de su padre, de modo que abrió el gran armario de caoba que había en un rincón del cuarto con la esperanza de encontrar un batín para poder salir sin tener que vestirse.

Todas las prendas que colgaban de las perchas eran negras, y entre ellas no vio ningún batín. Pero era un armario muy profundo, y había una segunda fila de ropa colgada. Lucrecio metió el brazo entre las prendas de la primera fila y lo estiró al máximo. Le sorprendió no tocar el fondo del armario. Introdujo el hombro, luego medio cuerpo, y acabó metiéndose del todo entre la ropa, que lo oprimía como una muchedumbre apelotonada a la puerta de un cine. Y tan oscuro como un cine estaba el interior del armario, desde luego...

Lucrecio se acordó de las historias de Narnia, que tanto lo habían impresionado de pequeño, y sintió un escalofrío. Pero no en vano lo apodaban «el Rata» por su habilidad para colarse en todas partes; y también por su insaciable curiosidad, más fuerte que la prudencia. Siguió abriéndose paso a través de la ropa colgada y llegó a un espacio más despejado, como si el armario diera a otro cuarto. Avanzó un par de pasos a ciegas, con los brazos extendidos, y de pronto tocó algo. Se detuvo en seco, paralizado por el terror. Lo que había tocado era un rostro humano.

A Lucrecio también lo llamaban «el Rata» por la fulminante rapidez con la que era capaz de huir cuando se imponía una retirada estratégica, y en aquella ocasión hizo honor a su apodo. En menos de lo que se tarda en decirlo, volvió al dormitorio, cerró con llave la puerta del armario y se escondió debajo de la cama.

El niño niña

Se despertó al amanecer, con todo el cuerpo dolorido. Se había quedado dormido sobre el duro suelo de madera.

Lo primero que hizo fue comprobar que la puerta del armario seguía cerrada con llave. Luego se vistió y fue a la cocina. Estaba hambriento.

Calvino le había dicho que no había nadie más en la casa, de modo que Lucrecio se quedó muy sorprendido al ver en la cocina a una niña de largo cabello rubio con un vestido un tanto anticuado. Pero su sorpresa fue aún mayor cuando la niña dijo:

—Buenos días, Luc. Veo que te gusta madrugar, igual que a mí.

—¡Eres Calvino! —exclamó Lucrecio al reconocer su voz.

—Pues claro. ¿A quién esperabas encontrarte?

—¿Qué haces con esa peluca?

—Voy a salir, y no me gusta llamar la atención. Los niños calvos no se llevan mucho esta temporada.

—Pero... vas vestido de niña.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Llevas falda!

—Si llevara pantalones, ¿iría vestido de niño?

—No necesariamente, pero...

—Pues entonces, llevar falda no es ir vestido de niña necesariamente.

—Vale, vale... Pero eres un niño... supongo.

—¿Por qué lo supones?

—Te llamas Calvino.

—¿Y qué? Podría ser mi apellido.

—Ya decía yo que era un nombre muy raro. Así que es tu apellido...

—No he dicho que sea mi apellido, sino que podría serlo. También podría ser mi apodo, puesto que Calvino es un diminutivo de calvo.

—¿En qué quedamos: eres niño o niña? ¿Y te llamas, te apellidas o te apodas Calvino?

—No tenemos por qué quedar en nada. Y tampoco tenemos por qué quedarnos aquí todo el día, así que desayuna de una vez. Tengo que ir a un sitio y quiero que me acompañes.

—¿Ah, sí? Pues yo no voy a ninguna parte sin que antes me aclares de quién es el cadáver que tu padre guarda en el armario.

—Veo que has tenido pesadillas —dijo Calvino mirando a Lucrecio con el ceño fruncido—. El dormitorio de mi padre es un poco siniestro, con esos muebles tan antiguos y ese horrible cuadro, y puede afectar a las mentes débiles.

—Mi mente no es nada débil —replicó Lucrecio—, y no lo he soñado. Ven y verás.

Calvino lo siguió hasta el dormitorio y dijo nada más entrar:

—Ya me extrañaba a mí que hubieras podido abrir el armario. No está la llave. Claro que, ahora que lo pienso, forzar cerraduras es tu especialidad.

—¡No he forzado ninguna cerradura, y la llave estaba ahí hace un momento! —exclamó Lucrecio, que estaba tan nervioso que ni siquiera se dio cuenta de que el cuadro de la mujer de negro volvía a estar colgado en su sitio.

—Es curioso, pues siempre ha estado aquí —replicó Calvino mientras abría el cajón de la mesilla de noche. Sacó una llave, la introdujo en la cerradura del armario, la hizo girar y abrió la puerta.